

Uwe Wittstock

Marsella 1940

Los artistas que huyeron
del nazismo



UWE WITTSTOCK

Marsella 1940

Los artistas que huyeron del nazismo

Traducción de
Carlos Fortea

Galaxia Gutenberg



La traducción de este libro ha recibido una ayuda del Goethe-Institut

Título de la edición original: *Marseille 1940. Die große Flucht der Literatur*

Traducción del alemán: Carlos Fortea Gil

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2026

© Verlag C.H. Beck oHG, Múnich, 2024
© de la traducción: Carlos Fortea, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 554-2026
ISBN: 979-13-87605-74-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prefacio.....	9
Historias previas.....	11
Dos días de julio de 1935.....	11
Le Désastre.....	41
Mayo de 1940.....	41
Junio de 1940.....	64
Julio de 1940.....	120
Al otro lado de las montañas.....	135
Agosto de 1940.....	135
Septiembre de 1940.....	173
Octubre de 1940.....	218
La villa, la espera y la muerte.....	247
Noviembre de 1940 a febrero de 1941.....	247
Primavera en Francia.....	299
Febrero a junio de 1941.....	299
La larga despedida.....	331
Junio a noviembre de 1941.....	331
Lo que sucedió después.....	345

Posfacio.....	357
Agradecimientos.....	361
Bibliografía consultada.....	363
Créditos fotográficos.....	375
Índice onomástico.....	377

Prefacio

Con la campaña del Ejército alemán contra Francia en mayo y junio de 1940, entre ocho y diez millones de personas se vieron obligadas a escapar. Fue un desplazamiento de masas de una dimensión difícilmente imaginable, y quizá el mayor movimiento migratorio que Europa haya vivido nunca en un tiempo tan corto.

Entre los fugitivos se encontraban cientos de exiliados de Alemania y Austria que habían huido de Hitler después de 1933 y habían encontrado asilo en Francia. Ahora, no les quedaba otro remedio que, por segunda vez, abandonarlo todo: propiedades, casa, profesión, amigos, para ponerse a salvo del avance de los alemanes.

Marsella 1940 cuenta el drama de esta segunda huida. Hay pruebas de todo lo que se cuenta aquí, no se ha inventado nada. Las pruebas proceden de las cartas y diarios, recuerdos, autobiografías y entrevistas de algunas grandes escritoras y escritores, gente del mundo del teatro, intelectuales, artistas. Esas personas están en el centro de este libro. Junto a ellas, innumerables desconocidos quedaron expuestos a los mismos peligros, pero los rastros de su vida se perdieron en el caos de la guerra y de la huida. Por eso, los destinos de los que aquí se habla quieren representar los de todos aquellos de los que sabemos demasiado poco como para poder hablar de ellos. Me gustaría dedicar este libro a los fugitivos desconocidos que por aquel entonces lucharon en Francia por su supervivencia. Demasiados de ellos, en vano.

A la vez, se habla aquí de un grupo de personas asombrosas que, corriendo riesgos considerables, intentaron salvar a tantos

exiliados como les fue posible de la trampa mortal en la que Francia se había convertido para ellos. La historia de este grupo, en torno al norteamericano Varian Fry, se remonta a un espacio de tiempo mayor y a varios países, antes de que terminaran reuniéndose en Marsella en 1940. Dieron un ejemplo de inmovible humanidad en tiempos de la mayor inhumanidad imaginable.

Historias previas

DOS DÍAS DE JULIO DE 1935

Berlín, 15 y 16 de julio de 1935

El Hessler, en la Kantstrasse, es un restaurante algo anticuado, con alfombras oscuras, lámparas de araña y pesada decoración de estuco. Toda la pared trasera del comedor está ocupada por un recio aparador marrón oscuro, ante el que las mesas están ordenadas con tanta precisión como si un sargento prusiano las hubiera llamado a formar. De la Kantstrasse no hay más que unos pasos hasta el famoso Romanisches Café, justo detrás de la iglesia memorial del emperador Guillermo. Pero en el Hessler hay más tranquilidad, y no está ni mucho menos tan lleno.

A una de las mesas se sienta Varian Fry, solo, para cenar. Viene de Nueva York, tiene veintisiete años y es periodista. Si hay algo parecido al modelo de un intelectual clásico de la Costa Este, él se acerca bastante a la idea: delgado, de mediana estatura, afeitado, de rostro serio y despierto y gafas sin montura. Fry se toma tiempo para comer, ya no tiene planes para el resto del día.

En las calles hay más actividad que a lo largo de las semanas precedentes. Los berlineses disfrutan de la suave tarde de la gran ciudad, hasta entonces el verano ha sido a menudo demasiado gris y lluvioso. Fry ha llegado a Alemania hace dos meses en el *Bremen*, uno de los transatlánticos más rápidos del momento. Desde entonces se aloja, aparte de unas cuantas excursiones a otras ciudades alemanas, en el Hotel-Residencia Stern de la Kurfürstendamm, una



Varian Fry en Berlín, 1935.

sólida casa burguesa que ofrece habitaciones a buen precio, quince marcos al día.

Fry está haciendo un viaje de investigación. Algunas personas en Nueva York lo tienen en gran estima. Está considerado uno de los jóvenes más prometedores entre los periodistas de la ciudad. Cuando regrese a América, a finales de mes, va a ocupar el puesto de redactor jefe de *The Living Age*, una exigente revista mensual que pronto cumplirá cien años y que se dedica sobre todo a cuestiones de política exterior. Una gran tarea para un hombre tan joven como él, que tiene ideas claras acerca de qué temas quiere poner en el punto de mira del lector en el futuro. En su opinión, el mayor peligro que existe en la política internacional emana de los regímenes fascistas europeos, de Italia, Austria y sobre todo Alemania. Así que ha acordado con el editor de *The Living Age* pasar unas

semanas en Berlín para hacerse una idea de la nueva Alemania de Hitler antes de empezar con el trabajo en la redacción.

No hay que ser profeta, piensa Fry, para darse cuenta de que la estrategia política de Hitler apunta en última instancia a una guerra. Basta con tomarse en serio, palabra por palabra, sus anuncios, que ponen los pelos de punta, y no cerrar los ojos a lo que hace a la gente de su propio país. Pero pocos americanos tienen el valor de hacerlo. Todos los grandes periódicos entre Nueva York y Los Ángeles informan de los desfiles marciales de los nazis, del rearme del ejército, de las oleadas de detenciones, de los campos de concentración. Pero apenas cosechan entre los lectores algo más que un encojimiento de hombros. Europa está muy lejos, y en cambio las angustias de la Gran Depresión están a flor de piel en su propio país. Cualquier intento de acometer la dura crisis económica preocupa a los americanos diez veces más que las noticias sobre un déspota lejano que lleva un extraño uniforme pardo.

Durante las semanas pasadas, Fry ha recorrido Alemania en todas direcciones, ha hecho docenas de entrevistas a políticos, líderes económicos y personas de la universidad, pero también a desconocidos tenderos, camareros, visitantes de las iglesias y taxistas, la llamada gente sencilla de la calle. Además, aprende alemán para tener un acceso más directo al país. Sus blocs de notas están repletos. Cuando regrese a Nueva York, no sólo podrá dar información acerca del Estado de Hitler con cifras y conceptos abstractos, sino también por experiencia personal, visual y concreta, como tiene que hacerlo un reportero. Tiene muchos planes, quiere convertir *The Living Age* en una campana de alarma que resuene estridente en los oídos de hasta los más sordos y lentos americanos y americanas.

Después de comer, Fry paga y emprende tranquilamente el camino de vuelta hacia el Hotel Stern. Sólo está a un pequeño paseo vespertino de distancia. Los bulevares del oeste de Berlín son las zonas de paseo de la ciudad, con negocios elegantes, cafés, cines, teatros. Aquí viven los ciudadanos acomodados que no se retiran a los tranquilos barrios residenciales, sino que quieren que les llegue

algo del pulso de la metrópoli. Si, a pesar de la estrechez intelectual de los nazis, Berlín aún tiene algo parecido a un brillo internacional, aquí es donde lo tiene.

Fry disfruta de la tarde cálida, un relajado ambiente veraniego parece posarse sobre todas las cosas. Hasta que de pronto, al doblar la Kantstrasse en dirección a la Kurfürstendamm, oye gritos, jaleo, cristales rotos, frenos que chirrían. Suena como un accidente.

Fry echa a correr. Y, en la Kurfürstendamm, se encuentra en medio de una batalla callejera. De las aceras de los dos lados de la calle bajan a la calzada jóvenes con camisa blanca y pesadas botas. Paran los coches, abren las portezuelas, sacan de los vehículos a sus ocupantes, les golpean. Un parabrisas salta por los aires. En todas partes hay ruido, pelea, hombres tirados en el suelo y pateados, mujeres que se derrumban bajo los golpes y gritan pidiendo ayuda. Fry ve gente con uniforme de las SA que con un movimiento del brazo barre los platos de la mesa de una terraza delante de un café, la levantan en vilo y la tiran dentro del local atravesando el escaparate. Uno de los autobuses de dos pisos es detenido, algunos matones penetran en él, arrastran fuera a los viajeros, les dan una paliza. Una y otra vez se oye gritar: «¡Judío! ¡Un judío!», o «¡Muerte a los judíos!». Los transeúntes amenazados sacan sus documentos de la cartera para demostrar que no son judíos. Un hombre de traje oscuro corre presa del pánico hacia una calle lateral, acosado por varios perseguidores.

Fry está en medio del tumulto, perplejo, nadie le presta atención. Ve a un hombre de pelo blanco con una herida abierta en el occipucio, sangrando copiosamente. Los circundantes le escupen. Ve mujeres que son empujadas por jolgoriosos agresores, hasta que tropiezan y caen. Ve rostros temblorosos, descompuestos, bañados en lágrimas. Ve policías, docenas de policías, que no acuden en ayuda de los apaleados. Hay hombres que los insultan llamándolos «esbirros de los judíos» o «traidores al pueblo». Los funcionarios regulan el tráfico, abren paso a los autobuses, nada más.

Entonces, Fry oye el coro de voces al fondo. Una voz grita unas palabras que Fry no puede entender. Sigue una segunda, una

tercera, una cuarta frase. Finalmente la voz vuelve a empezar desde el principio, y los camorristas que están cerca de ella, con camisas blancas o uniforme de las SA, recogen las palabras y las repiten con rítmico bramido. Es como la antífona entre los solistas y el coro de una iglesia. Fry sigue sin entender lo que gritan. Más tarde encuentra a alguien que se lo traduce: «Cuando el soldado de asalto se lanza al fuego / siente alegre valor / y si del cuchillo brota sangre judía / tanto mejor».

Fry se refugia en uno de los cafés que no tienen rotas las ventanas. Desde allí observa la calle, ahora dominada en toda su extensión por los apaleadores, ningún transeúnte osa recorrer la acera o la calzada. Dos miembros de las SA entran en el café y patrullan a lo largo de las mesas, un solo cliente, quizá judío, se queda inmóvil, vuelve la cabeza, intenta evitar las miradas de los uniformados. Ambos se dirigen hacia él, uno de los hombres echa mano al puñal ceremonial que lleva al cinto, lo saca, ensarta con la hoja la mano del cliente, que yace indefensa sobre la mesa, y la deja clavada al tablero. La víctima brama, chilla, mira horrorizada hacia su mano, los tipos ríen, uno desclava el cuchillo. Abandonan entre muecas el café, nadie los detiene.

Ahora, se concentran en la calle. Un joven de elevada estatura pronuncia un breve discurso, poco más que una serie de clichés e insultos, luego se forma una especie de caravana. Los hombres repiten «¡Fuera judíos! ¡Fuera judíos!», levantan el brazo en el saludo hitleriano y desfilan Kurfürstendamm arriba.

Fry abandona el café, la situación parece tranquilizarse, y recorrer los pocos pasos que le separan del Hotel Stern. De vuelta en su habitación, intenta ordenar sus ideas. Se sitúa junto a la ventana, baja la vista hacia la calle. A los pocos minutos, la caravana vuelve por el otro lado de la calle, seguida lentamente por un solo coche de policía, los hombres siguen gritando eslóganes, Fry no los entiende.

Cuando la caravana desaparece al fin, se sienta a la mesa de su habitación, coge su bloc de notas, se fuerza a calmarse y empieza a escribir lo que ha visto.

A primera vista, Varian Mackey Fry parece un joven malcriado por la suerte: hijo de un agente de bolsa, con talento, excelente formación, éxito, mundo. Pero la estampa engaña. Una grieta recorre su existencia, que parece tan amable. Desde su nacimiento, en 1907, su madre sufre fuertes depresiones, ha pasado mucho tiempo en clínicas y, forzosamente, no ha podido ocuparse de su hijo como hubiera querido. Su enfermedad ha dejado huellas en Fry, que a pesar de sus destacadas capacidades se mueve inseguro por la vida. La sensación de que se le ha robado algo a lo que tenía derecho lo ha vuelto susceptible.

Quien lo conoce más, se da cuenta a veces de que el trato con él puede ser difícil. Tiene un lado rebelde, imprevisible. A veces se comporta como un bulldog, que muerde y ya no puede soltar la presa. En esos momentos no teme resultar incómodo, polémico e hiriente, aunque con eso perjudique más de lo que sirve a sus objetivos.

Esos estallidos lo acompañan desde la infancia. Ha escapado en tres ocasiones de los caros internados a los que su padre lo ha enviado. Estaba entre los buenos estudiantes, en algunas materias incluso entre los destacados, amaba sobre todo las lenguas clásicas, el latín y el griego, pero, con alguna regularidad, lo acometía la pulsión de rebelarse contra las venerables tradiciones, a menudo un poco ridículas, de las nobles instituciones educativas. Y, daba igual a qué colegio fuera, en todas partes pasaba rápidamente por ser un individualista que no tenía ningún interés en caer bien a nadie. Al contrario, a menudo se mostraba arrogante y hacía sentir a los otros su escasa consideración hacia la gente que nada a favor de la corriente.

Con una excepción: en la Universidad de Harvard conoció a Lincoln Kirstein, hijo de unos judíos acomodados de Boston. Como Fry, Kirstein estaba entusiasmado con el arte de vanguardia, la nueva literatura, música y pintura. Ya en el instituto, al saber que el *Ulises* de James Joyce estaba en la lista de libros prohibidos por pornografía en Estados Unidos, Fry había pedido un ejemplar directamente a su editorial de París. Cuando le llegó,

estaba desmedidamente orgulloso. Consideraba que poseerlo era una distinción, un libro rebelde para una persona rebelde. No lo dejaba ni a sol ni a sombra, y se lo leía a sus compañeros, lo que no tardó en dar pie al siguiente escándalo, porque los profesores no gustaban de que uno de sus estudiantes difundiera pornografía en el internado.

Fry amaba ya entonces el elemento provocador de la vanguardia, su liberación de todo compromiso, su disposición a la ruptura radical con las convenciones. Cuando encontró un alma gemela en Kirstein, ambos fundaron una revista, *Hound & Horn*, pagada en su mayor parte con dinero del padre de Kirstein. Querían popularizar a sus héroes de la modernidad en Harvard, publicaron a Joyce, T. S. Eliot, Ezra Pound, Gertrude Stein o dibujos de Picasso. Kirstein viajó con sus padres a Inglaterra, visitó a T. S. Eliot y, a su regreso, trató de convencer al presidente de la universidad de que invitara a Eliot como profesor visitante. *Hound & Horn* causó enorme impresión desde el primer número, también entre los profesores. Fry y Kirstein fueron considerados en un abrir y cerrar de ojos intelectuales emergentes, fueron elogiados, promovidos y paseados de fiesta en fiesta.

Gran parte del reconocimiento del que Fry goza como periodista proviene de esta etapa. La revista le ha otorgado el aura de un joven con ideas propias y una mirada aguda sobre los temas del futuro. Pasa por ser un hombre polémico, pero precisamente de alguien como él se espera cierta rebeldía intelectual. Sus colegas le han puesto el sobrenombre de «Varian the Contrarian».

Naturalmente, Fry también acabará discutiendo con Kirstein. Su revista tenía fama de elitista y, para alcanzar un mayor espectro de lectores, Kirstein quería incluir artículos más populares. A Fry le parecía que eso era bajar el nivel, y defendió de manera férrea sus ambiciones. Al final se llegó al choque, y Fry abandonó la redacción. No era hombre de compromisos.

A pesar de sus éxitos, en algún momento quisieron echarlo de la Universidad de Harvard. Había robado un cartel de «For sale» y lo había puesto delante del despacho del presidente de la universidad,

porque lo consideraba sobornable. Aquella fue la última de toda una serie de provocaciones con las que puso a prueba la paciencia de todos. Si de todas maneras la universidad le concedió una última oportunidad, fue gracias a la petición de un profesor especialmente bien dispuesto y de una redactora del *Atlantic Monthly*, Eileen Hughes. Causó especial impresión la carta de Eileen, en la que mencionaba la enfermedad de la madre de Fry y apuntaba que un poco más de orientación por parte de «una persona mayor y más razonable» —ella tenía seis años más que Fry— podía devolverlo rápidamente al buen camino. No mencionaba que eran pareja, eso tenía que seguir siendo secreto hasta que Fry se graduara. A la semana siguiente se casaron.

Esa misma noche, Fry envía al *New York Times* su relato acerca de la batalla callejera en la Kurfürstendamm. La redacción agradece haber hallado en él un testigo ocular independiente para esa erupción de violencia antisemita, la mayor en años. Sin duda en Alemania ha habido repetidas veces agresiones contra judíos, pero no a esa escala. El periódico saca en primera página la noticia del sangriento alboroto. La descripción de Fry continúa en la página 4.

A la mañana siguiente, Fry llama por teléfono a la oficina de información de prensa extranjera del partido nazi, quiere saber más sobre el trasfondo de aquellos excesos. No se hace grandes ilusiones, más bien cuenta con que van a quitárselo de encima. Pero, para su sorpresa, le dan una cita, le dicen que acuda de inmediato. Cuando deja el hotel y sale a la calle, ve que las paredes de las casas de la Kurfürstendamm están literalmente plagadas de carteles antisemitas. Contempla con atención aquellos rostros desfigurados, de narices ganchudas, bocas codiciosas, ojos saltones. Cuando arranca dos de los carteles, unos policías vienen hacia él y pretenden detenerlo. Lo empujan al vestíbulo de un cine, le piden sus datos personales. No tiene tiempo que perder, está citado en las oficinas del NSDAP, así que se hace el turista ingenuo y afirma que ha tomado

los dibujos por publicidad de una revista. Pregunta si puede quedárselos, quiere llevárselos de recuerdo a América. En cuanto los funcionarios oyen su acento, se vuelven más tratables y lo dejan en una amonestación, se trata de propaganda del partido, que no debe ser retirada. Responden con un vago asentimiento a su pregunta de si el alboroto de ayer también era propaganda del partido.

La oficina de prensa extranjera está poco más atrás de la Puerta de Brandeburgo, en la Wilhelmstrasse. Allí reina una atmósfera distinta a la de las oficinas alemanas a las que Fry se ha asomado hasta entonces. Allí nadie ladra «Heil Hitler» ni estira el brazo derecho, todo es más civilizado. El propio jefe, Ernst Hanfstaengl, sale al encuentro de Fry, es un huno de casi dos metros, con el pelo engominado y peinado con estricta raya al centro. Parece el jefe de pista de un circo quitándose la chistera para anunciar el número de los domadores.

Hanfstaengl habla un inglés magnífico, tan bueno que Fry puede oír el acento de los típicos graduados de Harvard. Viene de una rica familia de editores de Múnich, después de los estudios ha trabajado un tiempo como marchante de arte en Nueva York, antes de convertirse, a su vuelta a Alemania, en seguidor de Hitler. Pero no encaja con los otros esbirros del partido. No tiene nada de su brutalidad y conciencia del poder. Su despacho, a medias celda de erudito, a medias caótica sala de redacción, está atiborrado de expedientes, libros, montones de periódicos viejos, en un rincón hay un piano.

La conversación discurre por cauces distintos de los que Fry había esperado. Hanfstaengl no es un diplomático, no es un hombre que habla en voz baja. Al parecer, quiere impresionar a su invitado, que viene de la misma universidad que él, con un aplomo que va más allá de todas las convenciones políticas. Descarta la afirmación de los periódicos alemanes de que los alborotos han sido una manifestación espontánea de ira popular. Naturalmente, dice, todo ha sido organizado por el partido. En el Gloria-Palast de la Kurfürstendamm pasan en esos momentos una película sueca, *Pettersson & Bendel*, una policiaca barata en la que un judío grasiento y siniestro

trata de engañar a un hombre de negocios de un rubio ario y resplandeciente... y, naturalmente, fracasa. El viernes pasado, tres días antes del altercado, había personas en el cine que hacían como si estuvieran indignadas por la tendencia antisemita de la película, e interrumpieron la proyección con gritos y siseos.

Los que gritaban no eran judíos, naturalmente, sino provocadores, dice Hanfstaengl, hombres de la SA vestidos de paisano, cuya misión era hacer de agitadores judíos y aportar un necio pretexto al pogromo, preparado desde hacía mucho. *Der Angriff* (El ataque), el periódico de cabecera de Joseph Goebbels, publicó el lunes por la tarde un editorial incendiario que advertía a los alemanes contra la intervención supuestamente aviesa de los judíos y los intimaba a defenderse de una vez. Luego, Goebbels no tuvo más que enviar a su gente al Gloria-Palast y dejar que golpearan a placer. La mayoría, a modo de disfraz, llevaba camisas blancas en vez de sus uniformes de las SA.

Fry escucha asombrado a Hanfstaengl. No le sorprende el doble juego de las SA, al contrario, había muchos indicios de que el alboroto estaba preparado. Pero Fry no ha contado con que un jefe de prensa revele con tal claridad los secretos de su partido, y menos ante un periodista extranjero que puede sustraerse fácilmente a la censura. Naturalmente, Hanfstaengl esparce aquí y allá alusiones a que algunas de sus observaciones son confidenciales y no pueden ser citadas en público por Fry. Pero es evidente que no tiene ganas de formular con cautela algunas cuestiones decisivas. ¡Come regularmente con Hitler! ¡Son amigos desde los primeros años del movimiento! Ya estuvo en la marcha sobre el Pórtico de los Mariscales en 1923, el intento de golpe de Estado de Hitler. ¿Por qué no iba a decir libremente lo que piensa?

Según Hanfstaengl, Hitler tolera a la gente equivocada en su entorno. Göring y Goebbels son fanáticos que lo empujan en una dirección nefasta. Es imposible no darse cuenta de que Hanfstaengl sólo considera a un hombre capaz de asesorar de manera competente a Hitler, y es el propio Hanfstaengl. Y es, apunta, de la mayor importancia llegar hasta el Führer. Porque, explica a Fry, hay dos

campos opuestos entre los paladines de Hitler. Un grupo moderado quiere meter a los judíos en reservas especialmente asignadas para separarlos de manera consecuente de la población aria. En cambio, el grupo radical quiere resolver la cuestión judía con un baño de sangre. Mientras los dos hombres se estrechan la mano al despedirse, las palabras de Hanfstaengl siguen resonando en los oídos de Fry. Ha dicho baño de sangre.

Durante el camino de vuelta al Hotel Stern, Fry se da cuenta de que ha oído algo que raras veces se ha expresado con esa claridad y de lo que casi nadie es consciente en América. Cuando Hanfstaengl hablaba de un baño de sangre, estaba diciendo «asesinato», «asesinato en masa de judíos». ¿Cuántos cientos de miles de judíos hay en Alemania? ¿De verdad la fracción radical de los nazis quiere matarlos? ¿Es posible siquiera organizar desde un punto de vista técnico un baño de sangre de tales dimensiones? Difícilmente imaginable. Pero Hanfstaengl se mueve en el círculo más íntimo de Hitler. Fry no puede descartar por absurdo lo que dice un hombre así.

No sabe qué pensar de esa conversación. Pero dos cosas son seguras: en primer lugar, será más seguro para él no hablar de la observación de Hanfstaengl mientras se encuentre en suelo alemán. Y, en segundo lugar, no puede ocultársela a los lectores de los periódicos estadounidenses. En el siguiente artículo para el *New York Times*, tiene que mencionar lo que ha dicho Hanfstaengl. Quizá eso abra por fin los ojos a los americanos respecto a qué clase de gente tiene actualmente el poder en sus manos en Europa.

Briançon, 16 de julio de 1935

Heinrich Mann ya no lleva perilla. Se ha afeitado la estrecha franja de pelo que iba desde el labio inferior hasta la punta de la barbilla y que le daba un aspecto ligeramente osado. Tan sólo se ha dejado el bigote, que se ha vuelto gris. De ese modo parece más distinguido, quizá incluso más joven, pero también un poco formal.

El mismo día en el que Varian Fry oye hablar en Berlín de planes inconcebibles, Heinrich Mann se toma, en la pequeña ciudad de los Alpes franceses de Briançon, el tiempo necesario para escribir a Suiza una larga carta a su hermano Thomas. Heinrich se aloja con su novia, Nelly, en el respetable Hôtel du Cours, han ido allí a descansar. Briançon es benévolutamente fresco en verano, las montañas ofrecen vistas maravillosas, y en el casco antiguo las casitas se agazapan junto a la gran torre de la iglesia como pollitos bajo las alas de su clueca. A Nelly, casi treinta años más joven que él, no le importa tanto el calor que hace en verano en Niza, donde viven desde su huida de Alemania. Pero él, que tiene entonces sesenta y cuatro años, necesita una pausa. Los dos años pasados en el exilio le han supuesto un desgaste.

Ha dudado mucho si enviar la carta a Thomas. Hay muchas cosas que contar, pero Heinrich quisiera revestir las noticias de un tono diplomático, para que no amenacen de ninguna manera la reconciliación entre ellos, una reconciliación que a menudo parece ser tan sólo un pacto de no agresión.

Durante la Primera Guerra Mundial, se habían roto los puentes entre ellos. Thomas hacía sonar entonces las fanfarrias de su entusiasmo bélico en todo el país, y se entregaba a clichés antro-po-psicológicos sobre la profundidad del alma alemana, el espíritu mezquino de los ingleses o la civilización meramente racional, falsaria, de los franceses. Heinrich, el pacifista y admirador de la literatura francesa, no pudo soportar tanta estrechez de miras nacionalista. En público ambos se contenían, las pocas alusiones escritas a su disputa eran casi indescifrables para los no iniciados. Pero en privado se enviaron cartas despreciativas que dejaron profundas heridas. Sólo cuatro años después de la guerra, en 1922, ambos firmaron una tregua familiar, que pudo sostenerse porque Thomas dio un giro radical en cuestiones políticas y se puso al fin de parte de la República y de la democracia. Pero su relación no es realmente cordial. Se tratan de manera cautelosa, casi un poco ceremonial, y se esfuerzan en no volver a abrir esas viejas heridas.